

El Espíritu del Concilio Va Penetrando el Mundo

Ricardo Lombardi, S. J.

La Iglesia ha dado por terminadas sus reuniones conciliares. Sus decisiones, sus constituciones dogmáticas y disciplinares constituyen un bello libro. Pero esto no es todo. Esto es sólo el comienzo. Ahora son los Obispos, son las Comisiones Episcopales, las que van a poner en práctica el espíritu del Concilio, contenido en las páginas de ese libro. Y esto es lo más importante: que este espíritu informe al pueblo cristiano, informe a la humanidad entera, que toda ella es también pueblo de Dios.

Allá en Roma, en los últimos días del Concilio hubo unos cuantos cientos de Obispos que, persuadidos de esta necesidad, pidieron al P. Ricardo Lombardi, S. J., que antes de separarse les ayudara a prepararse para esta labor tan importante de llevar el Concilio a ese pueblo que les espera en sus Diócesis. Y el P. Lombardi, sumiso a esta petición que para él era una orden, expuso durante un retiro de cinco días lo que pudiera ser un plan de acción, no sacándolo de su cabeza sino aplicando este espíritu conciliar a la práctica. Y les habló con todo respeto, pero al mismo tiempo con toda claridad.

El texto taquigráfico de estas conferencias, que se repartió a los PP. Conciliares cuando no faltaban sino unas horas para la terminación de este magno evento, constituye un librito de 150 págs. que ha sido traducido recientemente al español¹ y cuyas ideas se ha encargado el mismo P. Lombardi de divulgar en sus visitas a diversos países de nuestro Continente. También Centro América (ya visitada por él en otras ocasiones) ha tenido la oportunidad de escucharle el pasado Febrero.

Y ante la imposibilidad de presentar in extenso en nuestra revista lo que el verbo cálido e insinuante del conocido Jesuita expuso en su última gira, nos permitimos reproducir aquí uno de los capítulos de su folleto, el que él titula "La Fraternidad Universal".

Le preceden otros, dedicados a poner de relieve el espíritu comunitario de nuestra religión, que es necesario reforzar; a afirmar la necesidad de exigir el respeto y la obediencia a los Jefarcas, procurando al mismo tiempo la colaboración de los súbditos, a los que no se debe tratar autoritativamente. "Si queremos que la comunidad cristiana funcione, es preciso ante todo, afirmar de modo categórico que la Iglesia no puede ser en sí misma una democracia. Podrá, tal vez, apoyar a la democracia en el terreno político, es otra cuestión, pero la Iglesia no está constituida democráticamente. Y jamás se encontrará bien la comunidad cristiana, si no se respeta al jefe". (p. 48). Pero al mismo tiempo advierte que el superior eclesiástico "no tiene propiamente como misión la de guiar la Iglesia, porque a la Iglesia la guía el Señor, la Iglesia tiene como cabeza a Cristo y como alma al Espíritu Santo". "El superior está puesto para discernir lo que hace Dios; lo que es del Espíritu de Dlos y lo que no es del Espíritu de Dios". Y recuerda, a este propósito, las palabras que le dijo Juan XXIII en su primera audiencia, siendo ya Papa: "Padre —le dijo— yo no estoy aquí para guiar a la Iglesia; estoy aquí para reconocer lo que el Espíritu Santo hace en la Iglesia". Más adelante expone la importancia de fomentar la vida comunitaria en las parroquias, vida que no incluye —según él— sólo la liturgia, sino todos los problemas que afectan a la comunidad, sociales, cívicos, culturales y hasta económicos, los cuales pueden ocupar y preocupar a los hermanos. Y sobre la vida parroquial, la comunidad superparroquial creando inquietudes que se extiendan a las zonas contiguas, las diócesis comarciales con pocos sacerdotes, a la cooperación caritativa de los dos cleros, de los laicos.

Si la obra del Concilio no ha de ser letra muerta, se necesita un eficaz plan post-conciliar a escala mundial y se necesita un motor que viva este nuevo espíritu. Este motor deberá ser el Obispo y a éste le advierte que antes de lanzarse a remover las fuerzas comunitarias y a coordinarlas en dicho plan, deberá él mismo renovarse. "La Renovación del Obispo" es el título de un capítulo, el Capítulo VIII, de su libro.

1. LOMBARDI, Ricardo, S. J.—"Por un postconcilio eficaz". México, Ed. Acuemex, 1966.

LA FRATERNIDAD UNIVERSAL.

Eminencias, Excelencias, Venerables Padres del Concilio:

Hémos aquí en nuestra última meditación.

El concilio está por acabar y diría, sobre todo, el Post-concilio está por comenzar. Perdonadme la audacia de proponeros otra idea, después de la de meditación precedente. Conozco mi pequeñez. Conozco vuestra dignidad, estáis en este momento en la asamblea más grande de la humanidad. Pero vuestra bondad, manifiesta al venir a escucharme, me permite hablar.

1.—Una síntesis sencilla de todo el Concilio.

Venerables Padres, conociendo la psicología de hoy, creo francamente que deberíamos encontrar ahora una síntesis sencilla y clara del Concilio, fácil de captar por toda la humanidad. Vuestras Constituciones son admirables; abren horizontes a la tecnología, a la pastoral, a la estética, verdaderamente son maravillosas, diría que no hay página, donde quien lea con atención y amor no encuentre inestimables riquezas. Pero, creo sinceramente que son pocos los laicos que las puedan apreciar dignamente. Temo que muchos sacerdotes no las hayan leído. Está implícito que, menos todavía, las han estudiado un poco a fondo.

Nuestra generación es vertiginosa. Es una generación que ve en una hora y media en el cine lo que nosotros leyendo una novela asimilábamos en un mes. Es una generación que, con media hora a la televisión, ve más mundo que nuestros padres durante toda su vida. Es una generación que en pocas horas hace un viaje que antes requería meses y requería mucho dinero, tanto que prácticamente no viajaba nadie. ¿Quién iba al centro de África? ¿Quién iba al Japón desde aquí?

Es una generación rápida. Incapaz de detenerse largamente sobre la misma cosa. Mirad la publicidad; para hacerla gastan mucho dinero, pero la hacen a croquis, a rayos luminosos, porque sólo así interesan a la gente. Nuestra generación capta rápidamente una cosa y ya pasa a otra. Mirad las revistas ilustradas, que tiran un millón de copias, dos millones, hay figuras grandes con dos líneas abajo, la página sin figuras no se lee.

Las grandes fuerzas del mundo de hoy se fundan sobre una palabra. La palabra "comunismo" posee tremenda atracción. Es una batalla ganada, dicha palabra; batalla no quiere decir guerra, pero batalla ganada al fin y al cabo. Es una palabra que expresa tantas cosas: palabra sencilla, inmediatamente captada. La palabra "libertad": también es sencilla, fácil. El

hombre de hoy es capaz de recibir una impresión, es todavía un hombre que piensa, pero no es muy razonador: comunismo, libertad...

Y nosotros, Padres, nosotros Padres, nosotros, ¿qué presentaremos a este mundo de hoy después del Concilio? Seguramente, con el tiempo, vuestro volumen de Constituciones y Decretos será objeto de meditación para personas serias, especialmente eclesiásticos, y poco a poco tendrá fuerza para transformar sensiblemente a la humanidad. Sobre este Postconcilio a largo plazo, debemos alimentar esperanzas sólidas y me atrevo a decir hasta grandiosas. Las premisas están puestas, el campo está surcado por arados incisivos y profundos. Pero ¿hoy? ¿Qué diremos rápida e inmediatamente a la humanidad innumerable, como hormigas, que nos circunda desorientada y se entrecruza sobre los caminos de la tierra?

Hace falta una Idea-fuerza, sencilla, clara, que todos comprendan y exprese con rapidez lo que el hombre moderno es todavía capaz de asimilar, aquello que vosotros queréis inculcar a nuestra generación. Es necesario identificar una palabra que resuma (con la rapidez con la cual pasan los fotogramas en el cine, ya que la vida es un cinematógrafo) hoy día lo que vosotros queréis enseñar.

Me contaron una vez —no recuerdo la cifra— cuánto pagaron a D'Annunzio por haber inventado el nombre "La Rinascente", para ese gran almacén italiano que vende toda clase de objetos. D'Annunzio dio el nombre y no sé cuanto le pagaron: millones!

2.—El slogan "somos hermanos".

La idea existe. Porque, si bien lo miramos, vuestro Concilio —lo hemos dicho tantas veces en estos días— guiado evidentemente por el Espíritu Santo, se ha detenido siempre alrededor de una idea.

Hemos dedicado una meditación entera a vuestro Concilio, para sintetizarlo con la idea madre: el Pueblo de Dios, la Iglesia, Dios que nos quiere salvar juntos. Y este pueblo fermentará el mundo, es cordial con todos, no hace distinciones con los católicos orientales, aunque llevemos hábitos diversos. Es abierto también a los no católicos con simpatía fraterna, abierta también a los no cristianos. Tiene una liturgia cósmica, donde todo el universo está llamado a unirse. Mira con confianza los medios modernos de comunicación, porque son lazos de unidad.

Vuestro Concilio se preocupa sumamente de la armonía simpática con todos. Promulgado por un Papa tan cordial, se concluye por un Papa que es el primero, después de San Pedro, que ha ido a Jerusalén, ha ido entre los paganos, ha hablado a la organización universal de las naciones del mundo.

Este es nuestro Concilio. Ahora bien, ¿cómo encontrar una frase que diga todo esto con la rapidez con la que nuestra generación es todavía capaz de afrontar los problemas? Nuestra generación ya no lee casi nada, mira las figuras y en la misma revista ilustrada la página densa de palabras la pasa inadvertida. ¿Hay una frase que resumiría el Concilio?

Creo que sí, y sería esta: "Nosotros los hombres somos todos hermanos".

Es una palabra que fue pronunciada por Jesús. En el Cap. 23 de San Mateo, versículo 86: "Todos vosotros sois hermanos". "Ommes vos fratres estis".

Es una frase que encuadra perfectamente en el corazón de nuestra teología. Somos hermanos, ¿por qué? Porque somos reengendrados, hijos de un solo Padre, Dios. Somos hermanos ¿por qué? Porque tenemos un Primogénito, Jesucristo, nuestro hermano. Somos hermanos ¿por qué? Porque tenemos la herencia común que nos espera a todos en la misma cosa, en la misma patria. Y si queréis —es tan dulce— somos hermanos porque somos todos hijos de María.

Todavía más: vuestro Concilio, que ha tratado todos estos puntos formidables y no ha tenido miedo de los problemas más graves y espinosos, el Concilio verdaderamente más explosivo de la historia, diversas veces ha vuelto sobre este concepto explícitamente. Lo leía ayer en la Declaración última de las religiones no cristianas: "Nosotros no podemos invocar a Dios, Padre de todos, si con algún hombre rehusamos comportarnos fraternalmente". Esto está ya promulgado. Mientras que en el famoso Esquema XIII, en la primera redacción, estaba esta frase en la conclusión: "Siendo uno nuestro Padre, todos nosotros somos hermanos".

Estamos, pues, ante una frase que está en el corazón de la teología y en el corazón de vuestro Concilio.

3.—Impresionaría al mundo.

Dejadme agregar: estamos ante una frase que aclara exactamente lo que el mundo está ahora esperando. Quizá alguna vez he parecido pesimista; no lo sé; desearía no haber sido nunca pesimista, sino realista y haber visto las cosas como son. Sin embargo, creo verdaderamente que los problemas que agitan más gravemente al mundo actual están todos resueltos con esta frase: Nosotros los hombres somos todos hermanos, porque somos hijos de Dios.

Pienso en el racismo que lanza poblaciones enteras hasta la antropofagia. Tal vez las escenas más violentas del racismo no las hemos vis-

to todavía; quizás hay alguna nación donde, el día que se desencadene el odio racial abiertamente, se verterá más sangre de cuanta hasta ahora ha derramado el racismo. Queda esta esperanza: somos hermanos con los negros, hermanos; la Iglesia enseña esto, que somos hermanos, iguales, porque somos hijos del mismo Padre.

Existe en el mundo el **nacionalismo**, que ha derramado ríos de sangre y amontonado montañas de cadáveres. Se cuentan a decenas de millones los muertos de las últimas guerras, y con la bomba atómica nos preguntamos si sobreviviría la humanidad. Naciones y naciones separadas por una montaña, por un río. Somos hermanos, enseña la Iglesia; el haber nacido del lado de acá o de allá de aquel río, no significa nada. Esto enseña la Iglesia: alemán, francés, español, americano, turco, indio, somos hermanos en la Iglesia. Es nuestra enseñanza, resume todo nuestro dogma: un Padre que ha enviado el Hijo a hacernos sus hijos, por lo tanto hermanos.

Hoy el mundo tiene otra palabra tremenda, que desencadena más odio que el racismo y el **nacionalismo**. La palabra **clasicismo**. Hoy el obrero italiano se siente más unido con el obrero brasileño, argentino, que con el italiano rico. Existe la solidaridad de las clases, feroz. Probablemente el industrial italiano se siente más solidario con el industrial alemán, con el sueco, que con el obrero italiano. A diferencia de cuando nosotros éramos jóvenes, hoy los hombres se sienten más unidos por la clase que por la patria. Para nosotros, cuando éramos jóvenes era la patria la que nos unía; ahora el obrero no tiene patria, lucha por la clase obrera; y el industrial defiende a la clase industrial. Hay un frente que cuesta más sangre que el frente racista y el frente nacionalista; es la sangre de la lucha social, sangre de los partidos, de las bombas de Caracas, las ruinas de las huelgas políticas, está el comunismo, está el capitalismo. Capitalismo es hoy palabra aborrecida, objeto de odio. Pero también el comunismo es objeto de odio: cierto, muchos están enamorados del comunismo y muchos lo odian.

Somos hermanos, dice la Iglesia. Capitalista, obrero, si entras en la Iglesia debes aceptar ser hermano de todos; si no aceptas, ¡fuera! Quien no acepta siendo obrero sentarse junto a un señor, quien siendo ingeniero, no acepta sentarse junto a un obrero, ¡fuera! Esta es nuestra religión, no es hacer genuflexiones, es aceptar la hermandad; quien no la acepta, ¡fuera!

Y quien no acepta, con la piel blanca, sentarse junto a un negro... ¡fuera! Porque la Iglesia está en la fraternidad: esta es nuestra religión.

Y pienso en otras muchas divisiones. **Los Jóvenes y los viejos**, ésta es otra frontera actual. No hay duda existe una solidaridad mundial de la juventud, que ataca a su modo la frontera mundial de los hombres ancianos. Será un Obispo, un Ministro, un Profesor... Es un viejo. "¡Que nos cedan el paso; no nos comprenden, nosotros somos los jóvenes de la física atómica, somos los jóvenes de los satélites, de la televisión, los viejos no comprenden nada!" Una frontera. ¡Somos hermanos! ¡Somos hermanos! No podemos despreciar a los viejos y no podemos despreciar a los jóvenes.

Y están las preferencias sociales: está la tendencia de derecha y la de izquierda. Por todas partes hay una derecha y hay una izquierda. Incluso entre vosotros han inventado: los progresistas y los conservadores. Porque el mundo de hoy piensa con esquema de lucha. He aquí por qué la palabra fraternidad es la palabra para el mundo de hoy. Vosotros habéis despertado interés para la prensa, cuando uno ha ofendido a otro; entonces todos los representantes de los periódicos os han hecho dar la vuelta al mundo: ¡pin, pan, pun!

Con la idea de la fraternidad, nosotros somos netamente originales. Os aseguro que este mundo que conozco verdaderamente —porque he visto centenares de millares, y hasta millones en pie, para escuchar...— este mundo, ante esta palabra, se detendría un momento y más que un momento.

Repite, es la palabra que responde a todos los problemas que agitan al mundo. Hoy el mundo está agitado por mitos desagradables, citados anteriormente... Leed las páginas de hoy: veréis a los negros en los Estados Unidos que matan, que organizan la marcha del hambre; serán los blancos en Sudáfrica, será la guerra del Vietnam... Naciones, racismo, clasismo, América del Sur, con un golpe de Estado. General que disuelve los partidos... Estas son las divisiones del mundo.

¡Somos hermanos! Palabra que sería asimilada enseguida. Y sería facilísimo explicarla mejor, enseguida.

Os he hablado en otra meditación de un equipo de apóstoles. He llegado a la audacia de deciros: si queréis que hagamos la prueba, dad lo mejor que tenéis, pedid a los Padres Generales lo mejor, hagamos un equipo al cual propongamos el Evangelio de la santidad y de la cruz. Os he dicho esto, pero yo conozco lo que significa predicar: ¿les pondremos a ellos todo vuestro libro en las manos?

Ciertamente, y que lo asimilen lentamente, atentamente, durante meses y años, extrayendo ideas inagotables, todas vitales. Es como una

mina de diamantes. Pero es necesario darles a ellos también la consigna de un slogan sintético, que resuma. "Que somos hermanos" llega enseñada a los púlpitos, enseguida. Si da esta síntesis el Concilio, el domingo hablarán de ella desde todos los altares del mundo. Si vosotros queréis, lo repiten en los confesarios. Después lo escriben en los periódicos. Después el comunismo a su modo ataca. El capitalismo a su modo defiende. Tendremos una bandera, en el diálogo del mundo actual.

Hay un mundo que defiende los privilegios, y no se puede negar que con esta fisionomía nos ven también a nosotros en muchas partes: defender los privilegios. El hijo de ese señor que tiene automóvil, nace y andará en automóvil; aquel otro nace en un tugurio y será un caso excepcional si termina yendo en automóvil. Y hay otro mundo, como sabéis, que quiere la igualdad, igualdad, destruyéndolo todo: es más la rabia de ver abajo a aquellos que están encima, que no un deseo de salvación para sí. En la psicología del comunismo hay más bien odio para quien está en alto, que la esperanza de subir ellos: la masa sabe muy bien, no es estúpida, que los obreros se quedan; que ahora no pueden mandar y después tampoco: aun más, saben que hoy pueden protestar y luego no podrán; que hoy pueden tener sus consejos de administración y mañana no se los permitirán más... Pero tienen odio. Piensan: "¡Abajo también, ellos deben conocer el hambre, saber lo que es andar sucio, tener callos en las manos también ellos, todos!"

Bajo estas dos banderas se alterna hoy el diálogo en el mundo. Por un lado fundamentalmente un privilegio defendido, por el otro odio contra el privilegio. Nosotros, en medio, nos insertaríamos con una palabra sencilla.

4.—Una condición.

Para que esta palabra tenga atractivo y haga construir una nueva ciudad —frente a la ciudad del privilegio y a la otra sombría que se ve detrás del muro de Berlín— la ciudad de la fraternidad, la ciudad donde el obrero puede dar la mano al ingeniero. Y el ingeniero no será de nuestra religión si no se la da. Donde el blanco puede besar al negro, y no será de nuestra religión si le da asco besarlo. Para construir esta nueva ciudad, existe sin embargo una condición. La palabra nueva debe aparecer en una luz, en cierto modo nueva.

Perdonadme, pero es la psicología de nuestro tiempo. Si hoy usamos siempre la misma propaganda que ya conocen, no les impresionará. Informaos sobre la psicología de la propaganda. Nos habituamos a todo. Estamos en la habitación con un gran estruendo de ruidos de automóviles y a poco rato ya no lo sentimos; y es-

tudiamos, rezamos, dormimos, con aquel ruido de locos, pero ya no lo notamos. A muchas palabras cristianas estamos demasiado acostumbrados.

Con ocasión del Concilio, sintetizado claramente de aquel modo, se habría encontrado la forma nueva. El Concilio ofrecería un marco de valor incomparable, si de él extraemos la frase como su quinta esencia, la sustancia misma de su mensaje: los hombres son todos hermanos, porque son hijos de Dios. Con su peso sobre-humano, de suprema autoridad humana y al mismo tiempo divina, el Concilio interesaría con una fórmula enunciada así. He aquí la Iglesia en el mundo de hoy. Allá están los privilegios; allá la igualdad con el odio, para aplastar a todos. Nosotros por el contrario, declaramos que somos hermanos.

Padres: entre los hermanos está el grande y está el pequeño; aquel que ha estudiado y aquel que no; el que es inteligente y que lo es menos; aquel sano y aquel enfermo... pero son hermanos. Es una bandera original en el mundo de hoy.

Pero, Padres, por favor, si la humanidad tuviese la desilusión amarga de tal proclamación, mientras nosotros continuamos con la vida igual que ahora, entonces quemamos los últimos cartuchos y lo arruinamos todo. Si quisiésemos seriamente, si verdaderamente quisiésemos lanzar una misión que llame a los cristianos a la rebelión salvadora: —“no vengas a la Iglesia tú que eres un egoísta, porque nuestra religión es la del amor” — ¡Si nos quisiésemos empeñar seriamente, ésta sería una bandera! En concreto, se trata más bien de una propaganda vuestra intensificada, con la vigilancia santa para que se traduzca en vida, que de una idea nueva. Todos podéis cooperar, ya desde hoy:

Pero repito: ¡lealtad tremenda!

Fraternidad para cubrir privilegios, para cubrir egoísmos no, sería hipocresía. Pero si nos queremos empeñar seriamente, entonces he aquí la frase espléndida. El Concilio está terminado: ha escrito muchas cosas y vosotros cristianos no las comprendéis todas; pero en síntesis ha dicho esto. Que lo inserte el “Time” de los Estados Unidos, lo comenten los grandes periódicos franceses, alemanes, españoles, italianos, todos, todos. Esto ha dicho el Concilio, que somos hermanos; que en la Iglesia no hay blanco ni negro, no hay árabe o escita, no hay docto o ignorante, no hay libre ni esclavo. San Pablo dice incluso: No hay hombre ni mujer.

Pensándolo ante Dios. Encontrad el modo para que esto entre en todos los comentarios cómo la síntesis del Concilio, una forma de enunciación concentrada, final, de él. La frase está ya, pero es necio divulgarla con ímpetu nuevo; que haga salir el pueblo a la calle con afectos nue-

vos, que prorrumpan en abrazos de paz, porque somos hermanos. Vosotros, Obispos, hermanos de los sacerdotes; los sacerdotes de los laicos; y el extranjero del extranjero; y el blanco del negro; el rico del pobre...

Entonces verdaderamente pienso —no, quizás la humanidad de hoy no es capaz de repetir el espectáculo de Efeso— pienso que también sin las antorchas materiales, el Concilio terminaría iniciando el diálogo con nuestra generación.

Si no, Padres, corremos el peligro de no entrar en contacto real con esta generación. En las charlas del tranvía, de los cafés, de los bares... habéis entrado hasta ahora con las esencias más mezquinas de vuestro Concilio; con esas sí, habéis entrado. Pero si queréis entrar en el diálogo vital, hasta con la juventud, con los que viven, entonces paracería ser esta la frase. Está, dentro de ella, todo vuestro Concilio, todo, porque contiene la idea de la familia de Dios: cordial; ecuménica, amiga de las otras religiones, también de los no cristianos... Está dentro, todo vuestro Concilio: el Padre con los hijos, con los mayores y con los menores. Está todo vuestro Concilio dentro, con los laicos, con los sacerdotes...

Padres, este retiro Dios lo ha querido en un momento que parece providencial. Lo hemos elegido así obligados por tantas circunstancias. Primero, vacaciones; después, semanas llenísimas; después, votaciones y preparación de los votos... Pero veo que la hora era providencial. De hecho se ha celebrado ya, a la conclusión del Concilio, casi para tomar el impulso hacia el período nuevo de la historia de la Iglesia, postconciliar.

Vosotros sabéis que el Espíritu llega; no se sabe de dónde viene, no se sabe a dónde va. El Espíritu ha hablado así a esta generación, egoista por ambas partes: “hay dos egoísmos, egoísmos del privilegio y egoísmo del odio”. Y ha agregado: “nosotros somos el amor, nosotros somos hermanos porque somos hijos de Dios”. Este es el concepto sintético que debe ahora invadir el mundo: resonar en las parroquias más apartadas, en las metrópolis americanas, en las ciudades hormigueros de los chinos, en las florestas del África.

Que este Concilio no termine, dejándonos fuera del diálogo que se entrecruza en la humanidad. Que Dios os asista en los pocos días que restan del Concilio, sobre todo al regresar a vuestras patrias, cuando el pueblo os pregunte sediento —en pocas palabras— qué habéis concluido durante cuatro años de oración y de estudio; qué lleváis a los anhelos vitales, y urgentes de cada uno. Vosotros que más que nadie sois la luz del mundo, la Sal de la tierra. Así sea.